

WINCHESTER, Simon (1999): *El profesor y el loco. Una historia de crímenes, locura y amor por las palabras*, Madrid, Debate (col. Pequeña Gran Historia), 262 páginas.

Puede resultarnos extraño encontrar en estas páginas la reseña de una obra como *El profesor y el loco*, próxima al género de la novela documental. No es el arte de atesorar las palabras en los diccionarios, que así se ha entendido durante mucho tiempo la lexicografía, materia argumental para el arte de la palabra por excelencia, que es la literatura¹. Pero el relato biográfico de W. C. Minor y su valiosísima colaboración en el *Oxford English Dictionary* (OED 1888-1928), al frente del cual estuvo el conocido lexicógrafo británico J. A. H. Murray, permite tan inusual maridaje².

Como novela, Winchester narra la historia de una locura, la del médico y oficial estadounidense W. C. Minor (1834-1920)³. Con el deseo de su recuperación, en 1871 decide disfrutar de una estancia en Europa, por lo que embarca en Boston rumbo a Londres. Pero allí, lejos de alcanzar aquel deseo, sucede lo peor: víctima de sus monomanías persecutorias, asesina a balazos al humilde fogonero G. Merrett. La justicia inglesa lo condena a permanecer reculado de por vida en el Asilo para Criminales Lunáticos de Broadmoor, en el pue-

1 Vid. Corbin-Guillerm (coords.), 1995.

2 La primera edición apareció simultáneamente en el Reino Unido (*The Surgeon of Crowthorne*, London, Viking, 1998) y en los Estados Unidos (*The professor and the madman: a tale of murder, insanity, and the making of the English Dictionary*, New York, HarperCollins Publishers, 1998; existe otra edición, Thorndike, Me., G. K. Hall, 1999). La que manejamos es la traducción española, a cargo de M. E. Ciochini. Hemos de advertir la presencia de algunas erratas que deberían corregirse en las posibles reimpressiones o ediciones futuras. Además, hemos detectado algunos usos leístas que, si bien aceptados, desmerecen un tanto la traducción.

3 Vid., antes de la publicación de la novela, los comentarios que aparecen en Murray (1977, pp. 304-307).

blo de Crowthorne (condado de Berkshire), cercano a la capital británica.

Durante la larga reclusión en Broadmoor, hay momentos históricos de cordura. Su buena posición económica y su sólida formación cultural permiten a Minor crear, en una de las dos celdas que le habían asignado, una estupenda biblioteca. Luego, la casualidad obra por su cuenta, de hecho Winchester subraya en varias ocasiones las consecuencias, positivas para la lexicografía, del asesinato de Merrett y la posterior reclusión. A manos de Minor llega una de las circulares mediante las cuales J. A. H. Murray (1837-1915), a partir de 1879, hace público llamamiento para que los ciudadanos colaborasen desinteresadamente en el OED. La colaboración se concreta en la lectura y el despojo de palabras y citas de autores de toda la historia literaria inglesa. Minor se entusiasma y se ofrece como colaborador. Pero con un sello personal: por la rareza de las obras que maneja y por su método de entrega de los datos (aquellos que Murray necesitaba en ese preciso momento), lo que hace de la suya una colaboración especialmente significativa.

Hasta diez mil fichas de las enviadas por Minor al taller de Murray son aprovechadas. El trabajo es recompensado con una nota de agradecimiento en el prefacio del primer volumen (1888), así como con elogios a sus incansables esfuerzos.

Finalmente, a comienzos de este siglo, las recaídas de Minor, unidas a su vejez, lo desvinculan del diccionario. En 1910 abandona el Asilo británico para volver a Estados Unidos y pasar allí sus últimos días. Murray lo distingue como uno de sus mejores colaboradores, pero también como un amigo al que visita frecuentemente. A ambos les une un inusitado amor por las palabras. Desafortunadamente, ni uno ni otro ven la obra acabada.

Como documento, Winchester entrelaza la materia argumental con apuntes históricos de la lexicografía inglesa, así como consideraciones metodológicas sobre la elaboración de diccionarios. Unos y otras son representativos de los hitos que Lara (1997) establece en la denominada construcción simbólica del diccionario monolingüe y el importante papel que este juega en la fijación normativa de la lengua.

A mediados del siglo XVII surge el deseo de fijar la lengua de la nación y del imperio; no sin cierto retraso, porque en el resto de Europa empieza a gestarse a partir del siglo XVI, motivado por la reflexión sobre las lenguas vulgares durante el humanismo renacentista. La fijación surge a partir de intereses políticos, en concreto la creación y legitimación de los distintos estados nacionales. En lo concerniente al papel que en dicha fijación juega el diccionario de lengua encontramos las principales diferencias, pues si en Italia y Francia primero (siglo XVII), en España más tarde (siglo XVIII)⁴, su creación se pone en manos de instituciones estatales –las Academias–, en Gran Bretaña es en las burguesas. Y no podía ser de otro modo, debido a las especiales condiciones sociales a las que había llegado el país.

Sin embargo, este traspaso de competencias no estuvo exento de conflictos, pues hubo escritores de renombre (Addison, Pope, Defoe, Dryden o Swift), empeñados en que las instituciones encargadas de aquella fijación fueran idénticas a las de Italia, Francia y España. Así, por ejemplo, Winchester subraya la adhesión de estos señores a los principios que, al respecto, guardaban los académicos de la francesa:

Estaban de acuerdo con los Cuarenta Inmortales del otro lado del Canal (aunque se mostraban reacios a admitirlo): era preciso definir, medir, establecer un estándar nacional de la lengua, encerrarla en un estuche de plata y grabarla en piedra. Las alteraciones podrían permitirse o no, dependiendo del criterio de los grandes y notables, unos Cuarenta prohombres de consumo doméstico, una autoridad nacional del idioma (p. 106).

Es en este traspaso, a mediados del siglo XVIII, cuando aparece el *Dictionary of the English Language* (1755), de S. Johnson. Fueron ins-

4 Recordemos las palabras de los primeros académicos españoles ante la falta de un diccionario de su lengua: “Y no era decente a nosotros, que logrando la fortuna de encontrarla en estos días tan perfecta, no eternizásemos en las prensas su memoria, formando un Diccionario al ejemplo de las dos celebradísimas Academias de París y Florencia” (Academia Española 1726, XI, § 4; con la modernización de la ortografía). Winchester no hace referencia alguna a este capítulo de la lexicografía española.

tuciones privadas –“cinco libreros ingleses (entre ellos los célebres señores Longman)”– quienes promovieron la redacción y posterior publicación del diccionario de Johnson, conscientes de que “un diccionario nuevo se vendería como rosquillas” (p. 108)⁵. Le cabe a este diccionario el honor de ser el primero, en la historia de la lexicografía europea, en constituirse por sí solo como autoridad de la lengua, en este caso la inglesa, ajena a las instituciones estatales. No obstante, para ello necesitó del beneplácito de la sociedad, que se tradujo en las abundantes reseñas elogiosas. Murray incluso llegó a decir que “así como la gente hablaba de *la Biblia* o *el devocionario*, cuando alguien empleaba la expresión *el diccionario* se refería a la obra del doctor Johnson” (p. 113).

Un siglo más tarde, y hasta el presente, el OED toma el relevo de esta autoridad. Como prueba de ello, Winchester señala que “todavía se lo cita directamente –el OED dice– en el parlamento, los tribunales, las escuelas y las salas de conferencia de todos los confines del mundo anglófono y, probablemente, en muchos otros” (p. 41). Incluso el escritor apela a su autoridad para fijar el uso de determinadas palabras en su narración (el ejemplo más significativo es el de *protagonista*)⁶.

La autoridad que ejerce el OED está sustentada en los principios metodológicos –filológicos, y por tanto científicos– bajo los cuales se elaboró el diccionario. En primer lugar, los episodios biográficos de Minor y Murray nos sirven para comprobar la necesaria formación –no sólo filológica, también enciclopédica– que debe tener el lexicógrafo. Por la vida misionera del uno y por la afición erudita del otro, ambos

5 Winchester comenta la deplorable labor de mecenazgo ejercida por lord Chesterfield, de la cual dio sobrada cuenta Johnson. Lara (1997, pp. 54-55), en cambio, prefiere detenerse en la designación del lexicógrafo por parte del noble como autoridad de la lengua. Antes ha señalado un testimonio de Johnson en el que se alerta de la creación de una Academia en su país, ya que atenta contra el espíritu inglés de libertad.

6 No obstante, Lara señala: “Es probable que el hecho de que se trata de un diccionario muy voluminoso [...] dirigido a lectores educados e interesados en cuestiones de filología, haya contribuido a que la mayoría del público de lengua inglesa no acuda a él para resolver dudas habituales y, gracias a eso, su carácter de autoridad se destaque menos” (1997, p. 77).

conocen infinidad de lenguas. Este conocimiento facilita su labor y, si se puede decir, prepara al espíritu para obras de envergadura, aquellas a las que tan acostumbrada estaba la filología, histórica y comparada, del XIX. La magnitud del proyecto requiere además la creación de un taller lexicógrafo y el trabajo de muchas personas, entre ellas voluntarios aficionados y profesionales contratados. Todos se encargan, entre otros cometidos, de la creación de un corpus textual extraído de fuentes literarias, las cuales a su vez ofrecen ejemplos de uso que sirven para determinar la historia del significado y las acepciones de las palabras⁷. Se pasa, por tanto, del clásico valor ejemplar (autoridad) al testimonial (registro histórico) de la lengua literaria. Los redactores, por su parte, reúnen todas las citas, para elaborar las correspondientes definiciones.

Asimismo, la base filológica hace que, desde un primer momento, se tenga el firme propósito de crear un diccionario próximo a la concepción totalizadora del tesoro y basado en principios históricos (de ahí la importancia de las citas que documentan por primera vez de las palabras)⁸. La democrática elección de un criterio integral, total, de selección de entradas se enfrenta, pues, a los prejuicios académicos sobre las voces regionales, vulgares, etc.

Winchester y Lara coinciden en sus comentarios acerca del oed como monumento de la lengua inglesa, hazaña similar a las logradas por los ingenieros y los expedicionarios de “la época más sublime y ambiciosa de Inglaterra” (p. 55). El diario *The New York Times* publicó, en primera página, la conclusión del diccionario, el 23 de diciembre de

7 Antes Johnson, como cuenta Winchester, “alquiló habitaciones en Fleet Street, contrató a seis hombres como amanuenses [...] y se aplicó con perseverancia a la ardua tarea que le llevaría seis años. Había decidido, como haría Murray un siglo después, que la mejor manera –de hecho la única manera– de compilar un diccionario completo era leer: repasar toda la literatura y listar las palabras que aparecían en centenares de miles de páginas” (p. 109).

8 Sobre el valor del OED como obra lexicográfica basada en principios históricos, y su precedente: el *Deusches Wörterbuch* (1852-1961), de J. y W. Grimm, pueden verse los comentarios de Seco (1987, pp. 57-63).

1927, y, como reza la noticia, “la creación de ese gran libro [...] era una de las grandes realizaciones de la literatura inglesa” (p. 239).

Para finalizar, la lectura de la obra nos deja la sensación de que la locura de Minor no es, en su capacidad productiva, muy distinta de la otra inherente a la elaboración de cualquier diccionario⁹. El autor describe el trabajo de Murray como “maníaca dedicación a una tarea casi imposible” (p. 165). El lexicógrafo comenta en una carta a su amigo F. Brown en 1902 cómo, en la primera visita que cursó a Minor, en enero de 1891, le pareció un hombre “tan cuerdo” como él: “Un hombre cultivado y erudito, con muchas aficiones artísticas y carácter cristiano, totalmente resignado a su triste destino, que sólo se quejaba de las restricciones que éste imponía a su productividad” (p. 197). No en vano, son varias las coincidencias que, en lo espiritual e incluso en lo físico, existen entre Minor y Murray¹⁰. La reclusión del primero en el Asilo de Broadmoor no es diferente de la del segundo en el Scriptorium, su taller, ni tampoco, un siglo antes, de la de Johnson en las seis habitaciones alquiladas en Fleet Street¹¹:

9 Existen muchos testimonios sobre la tan sufrida labor del lexicógrafo. El primero que conocemos aparece al frente de la obra de J. Minsheu, *A Dictionarie in Spanish and English* (1599): es tarea del lexicógrafo, “with the candle to light others and burne out my selfe” (s. p.). Agradecemos a los doctores A. J. Rizo Rodríguez y S. Valera Hernández, de la Universidad de Jaén, la información que nos han facilitado.

10 En lo físico: “Ambos eran altos, delgados y calvos. Ambos tenían ojos azules y hundidos, y ninguno de los dos llevaba gafas (aunque Minor era sumamente miope) [...] Minor tiene aire de buena persona; y Murray también, aunque con una pizca de severidad que bien podría diferenciar a un escocés de las Tierras Bajas de un yanqui de Connecticut [...] Pero en lo que más se parecían era en la barba y el bigote; en ambos casos llevaban una barba blanca, larga y elegantemente puntiaguda, con gruesos bigotes y patillas. [...] Si se añade la barba a los demás atributos individuales de la pareja, es posible suponer que al acercarse ambos pensarán momentáneamente que, en lugar de encontrarse con un desconocido, se aproximaban hacia su propia imagen en un espejo” (pp. 198-199).

11 Winchester relata la anécdota vivida por Johnson durante la redacción de diccionario, según la cual, ante el acoso de sus acreedores por la demora del trabajo, puso su cama detrás de la puerta de su habitación y gritó al lechero: “¡Creedme, defenderé esta pequeña ciudadela hasta el fin!” (p. 111), y también reproduce su famosa defini-

Al fin y al cabo, Minor no se hallaba lejos de Oxford, y quizá pensara que estaba en un anexo de la universidad, [...] y que sus celdas —o lo que James Murray todavía imaginaba como un cómodo estudio lleno de libros— era sólo una extensión rural del Scriptorium, un lugar de creación erudita y de detectivesco trabajo lexicográfico. Si alguien hubiera reflexionado más sobre la cuestión, tal vez se habría interesado por la extraña simetría de los aposentos de los dos hombres, ambos parapetados tras grandes pilas de libros, obsesivamente consagrados a un estudio de la más intrincada naturaleza y con el único contacto con el exterior que les brindaba la correspondencia, esas grandes tormentas diarias de papel y las inundaciones de tinta (p. 176).

Y es que las personas que hacen los diccionarios sufren, durante años y años, la reclusión forzada o forzosa, la dedicación exclusiva, la desesperación ante una cantidad ingente de datos, la atención detectivesca, el humano incumplimiento de los plazos previstos... Elementos, pues, inherentes a toda elaboración lexicográfica, pero también, como ha demostrado Winchester, materia literaria, hasta ahora informe, al menos en estos menesteres.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA ESPAÑOLA (1726): “Historia de la Real Academia Española”, en *Diccionario de autoridades*, vol. I, Madrid, F. del Hierro, pp. IX-XLI.
- CORBIN, Pierre y Jean Pierre GUILLERM, coords. (1995): *Lexique 12-13. Dictionnaires et Littérature. Actes du Colloque International Dictionnaires et littérature. Littérature et Dictionnaires (1830-1890), organisé par l’U.R.A. 382 “SILEX” du C.N.R.S. et le Centre d’Analyse et de Critique des Textes Université Charles de Gaule-Lille III, 26-28 septembre 1991*, Presses Universitaires du Septentrion.
- GRIMM, Jacob y Wilhelm GRIMM (1852-1961): *Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, 32 vols.

ción del lexicógrafo: “inofensivo esclavo que se ocupa de rastrear el significado original de las palabras y detallar su sentido” (p. 110).

- JOHNSON, Samuel (1775): *Dictionary of the English Language*, London, Printed by W. Strahan for J. and P. Knapton, T. and T. Longman, C. Hitch y L. Hawes, A. Millan y R. y J. Dodsley, 2 vols.
- LARA, Luis Fernando (1997): "I. La construcción simbólica del diccionario", en *Teoría del diccionario monolingüe*, México D. F., El Colegio de México, pp. 21-85.
- MURRAY, Katharine Maud Elisabeth (1997): *Caught in the web of words: James A. H. Murray and the Oxford English Dictionary*, New Haven, Yale University Press.
- OED (1888-1928) = *A New English Dictionary on Historical Principles, Founded Mainly on the Materials Collected by the Philological Society, Edited by James A. H. Murray, LL. D., Sometime President of the Philological Society, with the Assistance of Many Scholars and Men of Science*, Oxford, The Clarendon Press, 10 vols., suplementos en 1933 y 1972-86.
- SECO, Manuel (1987): "Los diccionarios históricos", en *Estudios de lexicografía española*, Madrid, Paraninfo, pp. 49-89.

Manuel Carriscondo Esquivel (Universidad de Jaén)